

*mini in hoc, aut nos quid intuemini, quasi nostra virtute, aut potestate fecerimus hunc ambulare? Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob, Deus patrum nostrorum glorificavit Filium suum Jesum, quem vos quidem tradidistis, et negastis ante faciem Pilati, judicante illo dimitti: Varones israelitas, ¿de qué os espantais, y para qué nos mirais como si nosotros hubiéramos hecho esto en virtud y poder nuestro? Que no ha sido sino en virtud y nombre de Jesucristo: aquel á quien vosotros crucificásteis ha resucitado de los muertos, y en su nombre y virtud se ha hecho este milagro que habeis visto. Lo mismo les aconteció á san Pablo y san Bernabé en otro semejante milagro que hicieron, que les tenían por dioses, y los querían adorar y ofrecerles sacrificios como á tales, y traían coronas para coronarlos, diciendo (1): *Dii similes facti hominibus descenderunt ad nos*. Rompen ellos sus vestiduras, diciendo: *Viri, quid hæc facitis? Et nos mortales sumus, similes vobis homines*. ¿Qué haceis? Que tambien somos nosotros hombres mortales como vosotros, y no somos nosotros los que hacemos eso, sino Dios, y á él se ha de dar esa honra y gloria. Quedábanse ellos tan enteros en su humildad, como si no hubieran hecho nada. Así habemos de quedar nosotros despues que hayamos hecho todo lo que debemos en ayuda de las almas.*

(1) Act. xiv, 10, 14.

CAPÍTULO XVI.

De la eficacia grande de este medio de confiar en Dios para alcanzar mercedes de su mano.

El bienaventurado san Cipriano (1) declarando aquello que dijo Dios á los hijos de Israel: *Omnis locus, quem calcaverit pes vester, vester erit*: Todo el lugar donde llegare vuestro pié será vuestro, dice: *Pes vester utique spes vestra est, et quantumcumque illa processerit, obtinebit* (lo mismo dice san Bernardo): Vuestro pié es vuestra confianza; y al paso que ella anduviere, andará el recibir mercedes de Dios: hasta donde se extendiere el pié de la confianza, hasta allí será vuestro. Si confiáreis mucho en Dios, y esperaréis grandes cosas de él, grandes cosas os concederá y hará por vuestro medio; y si poco, poco. En el sagrado Evangelio tenemos muchos ejemplos que nos declaran esto. Aquel príncipe de la Sinagoga que dejaba á su hija muriendo, y cuando llegó Cristo nuestro Redentor estaba ya muerta, dice (2): *Domine, filia mea modo defuncta est; sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet*: Señor, mi hija acaba ahora de morir; pero id allá, y poned vuestra mano sobre ella, y luego vivirá. Alguna fe y confianza tenia, pues creía que podia

(1) Cyprian. Deuter. xi, 14.

(2) Matth. ix, 18.

resucitar á su hija; pero poca, porque le parecia que era menester que se llegase y pusiese sobre ella su mano, y de aquella manera tenia confianza que viviria su hija: y hace el Redentor del mundo, conforme á la confianza que tenia; va allá, y hallóla ya muerta, y tómalala por la mano, y resucítala. La otra mujer que habia once años que padecia flujo de sangre, y habia gastado toda su hacienda en médicos, y no la habian podido sanar, llegóse á Cristo nuestro Redentor con un poco de mas fe: *Dicebat enim intra se: Si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero* (1): Si tocaren solamente su vestidura, seré sana; y va por medio de la gente, y llega, y toca la orilla de su ropa, y luego quedó sana. Hizo Dios con ella conforme á la fe y esperanza que tuvo. Pero el otro Centurion, que tenia su criado paralítico, tuvo mas fe que ninguno de aquestos: llegóse al Redentor del mundo, y dícele: Señor, mi criado está en la cama paralítico; pero no es menester que Vos vayais allá para sanarle, ni que él venga acá y toque vuestra vestidura: *Sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus* (2): estándose él allá podeis Vos mandarlo desde acá, y luego sanará. ¡Mirad qué grandísima fe! *Audiens Jesus miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non inveni tantam fidem in Is-*

(1) Matth. ix, 21.

(2) Ibid. viii, 8.

rael: Mostró Cristo admiracion, y dice á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel; y vuélvese al Centurion, y dícele: *Vade, et sicut credidisti, fiat tibi; et sanatus est puer in illa hora*: Hágase conforme á tu fe. Tuvo confianza en Jesucristo, que con sola su palabra le podia sanar desde allí; y sánale desde allí con su palabra. Veis cómo se ha Dios con nosotros conforme á la confianza que tenemos en él, conforme á aquello del real profeta David, Psalmo ii, v. 22: *Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te*. Cuán hondo fuere el vaso de la confianza, tanta agua sacará, dice el bienaventurado san Cipriano.

Así le aconteció tambien al apóstol san Pedro cuando Cristo Redentor nuestro le mandó que viniese á él sobre las aguas (1), que mientras no tuvo temor anduvo por encima de la mar, como si fuera tierra firme; y cuando temió, viendo un viento récio que se levantó, luego se comenzó á hundir, y así le reprendió Cristo de poca fe: *Modica fidei, quare dubitasti?* Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Dándole á entender que porque temió y desconfió, por eso se hundia. Esa es la causa por que algunas veces parece que nos anegamos y perecemos en las tentaciones, y en los trabajos y negocios, por la

(1) Matth. xxiv, 31.

poca confianza que tenemos; que siuviésemos mucha confianza en Dios, él nos ayudaría y nos sacaría con bien de todos esos trances, y nos haría muchas mercedes.

Cuando el rey Josafat se temió mucho de los moabitas y amonitas que venían contra el pueblo de Dios, por ser grande la multitud de sus ejércitos, envióle Dios á decir por un Profeta (1): *Nolite timere, nec paveatis hanc multitudinem: non est enim vestra pugna, sed Dei: non eritis vos, qui dimicabitis; sed tantummodo confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos*: No temáis esa multitud, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios: no sois vosotros los que habeis de pelear; solamente quiero que tengáis ánimo y confianza, y veréis sobre vosotros el favor del cielo: y luego lo experimentaron; porque estándose ellos quedos, destruyó Dios el ejército de los enemigos, haciendo que ellos mismos peleasen entre sí, y unos á otros se matasen.

Pues consideremos aquí cuán poco nos pide el Señor para ayudarnos y darnos victoria de nuestros enemigos; y así en el salmo xc no da el Señor otra razón, para amparar y librar á uno en el tiempo de la tribulación, sino haber esperado y confiado en él: *Quoniam in me speravit, liberabo eum: protegam eum, quoniam cognovit nomen meum*. Exclama ma-

(1) II Paral. xx, 15.

ravillosamente san Bernardo sobre estas palabras (1): *O dulcissima liberalitas, in se sperantibus non deese!* ¡Oh dulcísima liberalidad de Dios, que no falta jamás á los que esperan y confían en él! *In te speraverunt patres nostri, speraverunt, et liberasti eos: ad te clamaverunt, et salvi facti sunt: in te speraverunt, et non sunt confusi* (2): En Vos, Señor, esperaron nuestros padres, y los librasteis: acudieron y clamaron á Vos, y fueron salvos: pusieron en Vos toda su confianza, y no quedaron confundidos. ¿Quién jamás llamó á Dios, y puso su confianza en él, que no fuese oído y socorrido de su divina Majestad? *Respicite, filii, nationes hominum, dice el Sábio* (3), *et scitote, quia nullus speravit in Domino, et confusus est*: Echad los ojos por todas las naciones, y por todos los siglos del mundo, y hallaréis que nadie esperó en Dios, que quedase confundido. *Quis invocavit eum, et desepxit illum?*

Y mas, hay otra razón en esto, de que dijimos largamente en la segunda parte, trat. 3, cap. 38, et trat. 4, c. 15, y así aquí no harémos sino tocarla; y es, que cuando desconfiamos de nosotros, y ponemos toda nuestra confianza en Dios, atribuimoslo todo á Dios, y hacemosle á él cargo de todo el negocio; y así le obligamos mu-

(1) Bernard. serm. 15 in Psalm. Qui habitat.

(2) Psalm. xxi, 15.

(3) Eccl. ii, 11.

cho á que él haga su negocio, y vuelva por su honra. Señor, ese negocio de la conversión de las almas vuestro es y no nuestro; porque nosotros ¿qué parte somos para esto, si Vos no moveis los corazones? Pues volved, Señor, por vuestra honra, y haced vuestro negocio; y son muy maravillosas para aqueste propósito aquellas palabras con que Josué importunaba á Dios y le hacía fuerza por la libertad de su pueblo: *Et quid facies magno nomini tuo* (1)? Á nosotros, Señor, muy bien nos está ser humillados y atropellados de nuestros enemigos, porque lo tenemos bien merecido; pero ¿qué será de vuestro nombre? ¿Qué dirán las gentes viendo vuestro pueblo destruido y cautivo? Dirán que no los pudisteis llevar á la tierra de promisión. Pues volved, Señor, por vuestra honra: *Non nobis Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam* (2): No queremos la honra y gloria para nosotros, sino todo lo queremos para Vos. *Domino Deo nostro justitia, nobis autem confusio faciei nostrae* (3). Por todas partes es gran medio para que el Señor nos haga mercedes tener gran confianza en él por lo mucho que esto le agrada: *Beneplacitum est Domino super timentes eum, et in eis qui sperant super misericordia ejus* (4).

(1) Josue, vii, 9.

(2) Psalm. cxiii, 9.

(3) Baruch, i, 15.

(4) Psalm. cxlvi, 11.

Los que vivimos debajo de obediencia tenemos otra razón muy particular para tener mucha confianza que nos ayudará el Señor en nuestros ministerios, que es ser él el que lo manda y nos pone en ellos; y así nos dará fuerza para lo que nos mandare, y nos sacará bien de ellos (1). Cuenta la sagrada Escritura que mandó Dios á Moisés hacer el tabernáculo, y el arca del Testamento, y el propiciatorio que habia de estar sobre ella, y el altar y la mesa de la proposición, y otros muchos vasos que eran necesarios para servicio del tabernáculo, y dale Dios la traza de todo ello como habia de ser, y la proporción que habia de tener, y añade: Para que todo esto se haga bien, y conforme á la traza que he dicho, he escogido á Beseleel y á Ooliab, y les he dado ciencia y sabiduría para que sepan hacer todo cuanto se puede fabricar de oro, plata, piedras preciosas, metal y mármol, y cualquier género de madera: ellos harán muy bien todo lo que te he dicho. Pues si para hacer un tabernáculo material tuvo Dios tanta cuenta de dar ciencia infusa á los artífices que le habian de labrar, ¿qué hará con los operarios y ministros del Evangelio que han de edificar y labrar el tabernáculo espiritual de las almas, que son templos vivos de Dios y morada del Espíritu Santo, y han de ensanchar y

(1) Tract. 5, c. 12; Exod. xxx et xxxi.

dilatar la casa y reino de Dios? Quanto es mas lo espiritual que lo material, y de mas estima delante de Dios, tanto mas habemos de confiar que nos dará todo lo que fuere necesario para que hagamos bien aquello para que él nos escogió; y así dice el sagrado Evangelio (1): *Cum steteritis ante præsides, et reges, propter me, nolite cogitare, quomodo, aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora, quid loquamini: non enim vos estis qui loquamini, sed spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis*: Cuando estuviéreis delante de los príncipes, y de los emperadores y grandes del mundo, para responder y volver por la honra de Dios, no os turbeis pensando cómo les habeis de hablar, que Dios os enseñará entonces lo que habeis de hablar; porque no sois vosotros los que hablais, sino Dios es el que habla en vosotros. *Ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri*, dice Cristo nuestro Redentor (2): Yo os daré palabras y sabiduría, á lo cual no puedan resistir ni contradecir todos vuestros adversarios; y vióse bien en el glorioso protomártir san Estéban, del cual se dice en los Actos de los Apóstoles, vi, v. 10, que todos los que disputaban con él no podían resistir al espíritu y sabiduría con que hablaba.

(1) Luc. XXI, 12; Matth. x, 17; Marc. XIII, v. 11.

(2) Luc. XXI, 15.

CAPÍTULO XVII.

Cuánto desagrada á Dios la desconfianza.

Así como con la confianza en Dios honramos y agradamos mucho á su divina Majestad, y es medio para que nos haga muchas mercedes; así, por el contrario, uná de las cosas de que mas se ofende Dios, y de que muestra mayor enojo, y que con mayor severidad castiga, es la desconfianza, porque toca eso en su honra: y así vemos que esta fue una de las cosas por que Dios mas se enojó con los hijos de Israel, y por que mas los castigó. Cuenta la sagrada Escritura (1) que cuando Moisés envió los exploradores á la tierra de promision, vinieron espantados, y dijeron al pueblo que habian visto á unos gigantes tan valientes, que ellos eran unas langostas en su comparacion, y que habian visto unas ciudades tan fuertes, tan muradas y torreadas, que no las podrian entrar; y cayó con esto un desmayo en el pueblo, y una desconfianza tan grande de poder alcanzar la tierra de promision, que trataban ya entre sí unos con otros de elegir un capitán para tornarse á Egipto. Enojóse Dios grandemente con el pueblo, y dice á Moisés: *Usquequo detrahet mihi populus iste? Quousque*

(1) Num. XIII et XIV.

non credent mihi in omnibus signis, quæ feci coram eis? Num. XIV, v. 11. ¿Hasta cuándo no ha de acabar de creer este pueblo, ni fiarse de mí, habiendo visto tantas señales y maravillas como por ellos he hecho? *Feriam igitur eos pestilentia, atque consumam*: Quiéroles enviar una pestilencia, y acabarlos á todos de una vez. Púsose Moisés de por medio, y suplicó á Dios que los perdonase, y dícele Dios: Por amor de tí yo los perdono ahora; empero á todos los que vieron las maravillas y señales que hice en Egipto, y despues en el desierto, y no han acabado de creer y fiarse de mí, no han de entrar en la tierra de promision: yo te prometo que ninguno de ellos la ha de ver de sus ojos; y como se lo juró, así lo cumplió (1). Seiscientos mil hombres fueron los que sacó Dios de Egipto, sin las mujeres y niños, y todos murieron en el desierto, que ni entraron en la tierra de promision, ni la vieron de sus ojos, por la desconfianza que tuvieron: solo Josué y Caleb, que tuvieron confianza de entrar y vencer los enemigos, y animaban al pueblo á ello, entraron, y los niños pequeños que ellos habian dicho que habian de ser cautivos y presos de sus enemigos; para que se vea cuánto aborrece Dios la desconfianza. Y aun al mismo Moisés y Aaron, porque tocaron la piedra con la vara con alguna duda de sacar agua, habien-

(1) Num. I, 45; XIV, 22.

doles dicho Dios que la sacarian, por esta desconfianza los castigó Dios en lo mismo: *Quia non credidistis mihi, ut sanctificaretis me coram filiis Israel, non introduce-tis hos populos in terram, quam dabo eis*. Num. XX, v. 10, 12. Porque no creísteis ni os fiásteis de mí, tampoco vosotros entraréis en la tierra de promision. Vióla Moisés desde un monte que estaba cerca, pero no entró en ella: *Vidisti eam oculis tuis, et non transibis ad illam*, Deut. XXXIV, v. 4, le dice Dios; como quien dice: Vesla; pues no la gozarás. Es negocio que toca en la honra de Dios esto de la desconfianza, y por eso la castiga de esa manera.

De aquí podemos sacar, lo primero, cuán malas son y cuánto desagradan á Dios unas desconfianzas y desmayos que suelen tener algunos, unas veces en las tentaciones, otras en cosas de su propio aprovechamiento, otras en los ministerios y negocios en que les pone la obediencia, que parece que nacen de humildad, y no nacen sino de soberbia; porque ponen los ojos en sí, pareciéndoles que por sus fuerzas, industrias y diligencias habian de poder aquello, lo cual es gran soberbia: lo segundo, habemos de sacar de aquí que en todos nuestros negocios, necesidades y trabajos lo primero ha de ser acudir á Dios, y poner en él toda nuestra confianza. No ha de ser lo primero poner los ojos en los medios

humanos y en nuestras diligencias é industrias, y lo postrero acudir á Dios; que ese es un abuso grande que hay en el mundo, que lo primero es poner los ojos en los medios humanos é intentarlos todos, sin acordarse de Dios, y despues, cuando en eso no hallan remedio, y tienen ya el negocio como desahuciado, acuden á él; y por eso permite el Señor que nos falten esos mismos medios humanos que ponemos y en que confiábamos, como lo dijo él al rey Asá: *Quia habuisti fiduciam in Rege Syriae, et non in Domino Deo tuo, idcirco evasit Syria Regis exercitus de manu tua.* II Paral. xvi, v. 7. Porque pusiste tu confianza en el Rey de Siria, y en su ejército y socorro, y te olvidaste de Dios, por eso te faltó su ejército. Oféndese y agráviase mucho Dios de que tomemos otro arrimo sino á él: luego se nos han de ir los ojos á Dios, y una de las principales cosas que tenemos de procurar en la oracion ha de ser asentar en nuestro corazon esta confianza grande en Dios, pues vamos á ella á plantar y asentar virtudes en nuestra alma, y una de ellas, y muy principal y necesaria, es esta: y no tenemos de parar hasta que el corazon esté habituado á acudir luego á Dios en todas las cosas, y confiar en él, y no se vaya á buscar el remedio á otra parte, sino á Dios, y que este sea todo nuestro refugio y amparo, y toda nuestra confianza, confor-

me á aquellas palabras de Josafat, rey de Israel, que las habíamos de traer siempre en la boca y en el corazon: *Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te.* II Paral. xx, v. 12. Como no sepamos lo que nos conviene hacer, solamente nos queda este remedio de acudir á Vos, Señor, que sois nuestro refugio y amparo: *Beatus vir, cujus est nomen Domini spes ejus.* Psalm. xxxix, v. 3. Bienaventurado el que pusiere toda su confianza en Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Que no tenemos de desmayar ni desanimarnos aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

Vae mihi, quia factus sum sicut qui colligit in autumno racemos vindemiae: non est botrus ad comedendum! Quéjase el profeta Miqueas, vii, v. 1, en estas palabras del poco fruto que hacia con sus sermones en el pueblo de Israel. ¡Ay de mí, dice, que me ha acontecido lo que suele acontecer á los que en el otoño, despues de hecha la vendimia, van á recoger la rebusca, que pensando hallar algo, no hallan ni un cencerro! De lo mismo se queja el profeta Isaias, xxiv, v. 12: *Relicta est in urbe solitudo, et calamitas*

opprimet portas; quia haec erunt in medio terrae, in medio populorum, quomodo si pauca oliva, quae remanserunt, excutiantur ex olea, et rami, cum fuerit finita vindemia. Una de las cosas que suele desconsolar y desanimar mucho á los que tratan de ayudar y aprovechar á los prójimos es ver el poco fruto que se hace con los sermones y con los demás medios que toman para eso: cuán pocos se convierten, cuán pocos se aprovechan y enmiendan, y cuán pocos son los que perseveran. Por ser esta una queja y tentacion muy comun, satisfarémos aquí á ella, y servirános de un medio muy bueno para animarnos y alentarnos en nuestros ministerios.

San Agustin (1) trata muy bien este punto, y va respondiendo y satisfaciendo á esta queja con el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. ¿Por ventura, dice, el Hijo de Dios predicó á solos los discípulos, ó á sola la gente que habia de creer en él? ¿No vemos que predicaba tambien á sus enemigos, que venian á tentarle, y á buscar en qué calumniarle? ¿Ó predicaba por ventura solamente cuando tenia mucha gente y muy grande auditorio? ¿No le veis predicando á una sola mujer baja, samaritana, moza de cántaro, y estar tratando con ella aquella cuestion de oracion, si habia de ser en el templo, ó si

(1) August. lib. 1 contra Cresconium Grammatic. cap. 8.

podia ser fuera de él (1)? Empero diréis: Esa sabia él que habia de creer y aprovecharse de su plática y sermon. Es verdad, dice san Agustin; pero ¿qué diréis de tantas veces que trató y predicó á los judíos, fariseos y saduceos, que no solo no habian de creer, sino que habian de calumniarle y perseguirle? Unas veces les preguntaba para convencerlos con sus mismas respuestas, y otras respondia á sus preguntas, aunque sabia que las hacian para tentarle: *Quod cum faceret, nullum ex his legitur ad eum sequendum fuisse conversum:* Ninguno de estos leemos que se haya convertido con esto; y muy bien sabia él lo que habia de ser: mas para darnos ejemplo, quiso predicar á aquellos que sabia que no se habian de convertir ni aprovechar con su predicacion, sino por ventura empeorar; para enseñarnos á nosotros, que no sabemos si los que tratamos se convertirán ó no, que no desistamos de predicar y confesar, y hacer lo que es de nuestra parte, ni nos desanimemos por no ver luego al ojo el fruto. Por ventura está ahí alguna alma predestinada por medio de esta predicacion, y el Señor tocará su corazon por medio de esa vuestra plática ó sermon; y aunque ahora os parezca que no se convierte ni aprovecha, quizás despues se convertirá; y aquella semilla de la palabra de Dios que cayó en su corazon dará despues fruto, como sue-

(1) Joan. iv, 20.